

José Antonio Marina. *La inteligencia fracasada. Teoría y práctica de la estupidez*. Barcelona: Anagrama, 2004. 172 pp.

En este breve pero denso ensayo de 170 páginas José Antonio Marina nos presenta un resumen de las ideas que más le han interesado desde que publicara su *Teoría de la inteligencia creadora* en 1992. A partir de entonces sus ensayos más sustanciales han tratado de temas relacionados con la inteligencia, la voluntad, la ética y los sentimientos. Un proyecto creativo muy ambicioso.

La segunda parte del título nos promete nada menos que una «Teoría y práctica de la estupidez», cayendo en el pecado relativamente común de poner un título más sexy que el contenido. Lo cual no significa que el libro sea seco o pesado de leer. Una de las cosas más importantes que debe poseer un ensayo es amenidad, y aquí José Antonio Marina no ha fracasado. Casi todo el libro es agradable de leer, escrito en un tono equilibrado, no exento de una intimidad y un espíritu pedagógico muy característicamente ensayísticos.

Y eso es precisamente lo que lo salva. Las abundantes citas sobre la inteligencia —enriquecidas con alguna anécdotas históricas o personales— ayudan a la lectura de unas ideas que intentan llegar a teorías, aunque, en general, tienen poco de novedoso. Pero, una vez más, ésta es la principal virtud del género ensayístico, que lo ya dicho en tratados de psicología o de filosofía sobre la complejidad de la percepción humana, por ejemplo, pueda ser dicho de nuevo en forma coloquial, intercalando muchas citas ingeniosas.

Marina menciona brevemente las competencias psicológicas fundamentales a que se refieren los actuales expertos en «inteligencia emocional», aunque al calificar sus teorías de «moda» parece desconocer que en los últimos años estas ideas se han extendido y aceptado hasta el punto de ser consideradas parte central de concepto general de «inteligencia». Dichas «competencias» son ya computables como algo inseparable de los aspectos puramente cognitivos. El autor parece reconocer esto parcialmente cuando dice que «no hay una inteligencia cognitiva y una inteligencia emocional» (55), aunque la mayoría del libro está basado precisamente en delimitar y definir diferencias entre la inteligencia básica, puramente cognitiva y la inteligencia social-emocional.

A lo largo del ensayo las taxonomías son claras y reveladoras. Para entender las variadas causas del fracaso de la inteligencia el autor nos presenta un mapa de los distintos niveles: cognitivos, afectivos, de lenguaje y de la voluntad. Básicamente se reflexiona sobre la patética distancia entre *ser* inteligente y *actuar* inteligentemente e, implícitamente, se atribuyen a los distintos niveles de ese fracaso distintos grados de responsabilidad ética. Sin embargo, en otra parte se hace una afirmación algo desconcertante... «las bases mismas de lo que somos y de lo que creemos se escapan del control absoluto de la voluntad» y también...«las creencias

se imponen por procedimientos automáticos. No puedo creer en algo voluntariamente. Hay mucha gente que desearía creer o dejar de creer en una religión» (48). Afirmaciones como ésta parecen eximir a la condición humana no sólo de la responsabilidad ética atribuible a las creencias, sino también de la responsabilidad de «lo que somos». Quizá la clave aquí esté en averiguar el alcance del término «absoluto».

La felicidad es el resultado supremo de una inteligencia superior. La prueba final de si una persona es inteligente es su capacidad para alcanzar una vida satisfactoria y creativa. Para lograr esa felicidad la «estructura afectiva» de una persona es esencial. Marina distingue aquí entre «estilos afectivos claramente patológicos» y los que son resultado de una «deriva biográfica», deriva que está fuera de nuestro control, inundándonos de sentimientos que no somos incapaces de manejar... «nuestro estilo de sentir es depresivo, furibundo, melancólico, optimista»; lo que no queda claro es por qué el autor afirma que esta deriva «no es fruto de ningún determinismo biológico» (65). ¿En qué quedamos? ¿son esos estilos de sentir —que no podemos controlar— determinados (genéticos) o adquiridos? Más clara e interesante nos parece su caracterización de la infelicidad como fenómeno generador de aburrimiento. Marina está contra la apolillada idea romántica de que una vida creativa necesita de la infelicidad, porque, en general, no nos engañemos, la infelicidad es aburrida y aburre.

El capítulo IV *Los lenguajes fracasados* expresa con perspicacia el papel central del lenguaje en la construcción, no sólo de la felicidad, sino de la consciencia misma. Obviamente, el lenguaje es fundamental para hacer posible la felicidad «social», pero más allá de esto... «sus funciones integradoras son múltiples. Es la gran herramienta de la inteligencia ejecutiva» (79). A través del lenguaje hacemos consciente lo percibido por los niveles cognitivos más básicos de la inteligencia. La reflexión misma es fruto del lenguaje; la constante comunicación con nosotros mismos sólo es posible gracias al lenguaje.

Un discurso típicamente ensayístico otorga la libertad de no tener que ser siempre coherente cuando usamos argumentos de filosofía moral, de psicología, o de eudomonología. Marina se resiste a hablar de «patologías» y también a usar el término «sabiduría», palabra sobre la que reflexiona sólo muy brevemente en el epílogo. Las creencias patológicas (que él dice...«prefiero llamar «tóxicas») son «inferencias arbitrarias», «generalizan excesivamente», «magnifican o minimizan», provocan «pensamientos absolutistas y dicotómicos». Se nota aquí una rechazo a reducir y tipificar los problemas de la mente al nivel de lo médico. Precisamente, el uso mismo de la palabra *estupidez* dice algo de esa resistencia a «patologizar» (comillas mías) demasiado el comportamiento humano.

La conclusión del ensayo —con la que es difícil disentir— no deja lugar a dudas: «la inteligencia fracasada (la estupidez) pare dos terribles hijas: la desdicha inevitable y la maldad, que añade, sin remedio, desgra-

cia a la desgracia» (167). José Antonio Marina se suma al coro de voces que, provenientes de muy diversos lugares —inteligencia emocional, Sócrates, Budismo, etc.— nos dicen de distinta manera que la infelicidad está íntimamente unida a la «maldad», y que ésta, a su vez, está relacionada con la ignorancia. Una ignorancia profunda, ontológica, aquella que va mucho más allá de los hechos y los datos para entrar en la oscuridad abismal en la que la ausencia de lo bello, lo verdadero y lo bueno son una misma ausencia.

Winthrop University

PEDRO M. MUÑOZ

CREACIÓN

Alberto Méndez. *Los girasoles ciegos*. Barcelona: Anagrama, 2004. 160 pp.

In recent years, there have appeared a number of novels that delve into Spain's collective memory in an attempt to recreate those moments of twentieth-century history that still necessitate retelling. Cercas's *Soldado de Salamina* is perhaps the most touted recent work that recalls the Civil War and its aftermath, and Isaac Rosa's *El vano ayer* is an ingenious novelistic evocation of the political problems in Madrid's Complutense University during the nineteen sixties. Jesús Ferrero's *Las trece rosas* constitutes an emotional rendering of a tragic execution that took place at the end of the war, and Alberto Méndez's *Los girasoles ciegos*, like Ferrero's work a depiction of the immediate aftermath of the war, presents us once again with a heart-rending piece of fiction that could just as well be fact. In fact, in Cervantine fashion, parts of it are written as if they were just that, factual, and this leads to the desired effect of making the suffering of the characters that much more genuine.

The text is divided into four practically independent stories. The first and third share a character, as do the second and fourth, and this adds cohesion to the work as a whole, giving it more of a novelistic aspect than if the four stories were entirely separate. The connections, in effect, underline the theme of suffering and fear that runs through the entire book. Each story is entitled a *derrota* belonging, respectively, to 1939, 1940, 1941, and 1942, and they depict in order, a nationalist captain who curiously surrenders to the Republic on April 1, 1939, just as Franco's troops are about to take the city of Madrid, a young poet and newborn baby, in hiding in the northern mountains, a Republican prisoner of war, waiting for his execution, and a family in which the father, wanted by the Franco police, is hidden in a closet in his apartment. This fourth story is narrated by three separate voices that create three separate perspectives that alternate more rapidly at the conclusion and thus rise to a feverish pitch that lends a symphonic effect to the entire text. At the same time, the reader